

El Baluarte

MADRID
Lagasca núm. 9.
St. D. Aureliano Albert.

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7,50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagasc núm. 5.

NÚM. 265.

Sevilla.—Sábado 17 de Noviembre de 1900

AÑO XXIV.

Sr. Director de la
Revista Interplanetaria
EN LA LUNA

128

Respetable señor: El Dios invisible é incorpóreo que rigió el Universo te conserve muchos siglos con salud, libertad y dinero.

—PALABRA DE REY!

Hemos dicho en el artículo anterior que una diputación de los Países Bajos se había presentado al almirante Coligny, jefe de los protestantes franceses, prometiéndole unirse á Francia si les libraba del férreo yugo de Felipe 2.º, «el fraile coronado», como le apellidaban. Que el Almirante envió los comisionados á Catalina, y que recibió de ésta cariñosa carta, rogándole se presentase en la Corte para tratar de tan importante asunto y entregarle el mando del ejército que había de realizarlo.

1574

El 18 de Septiembre presentó Coligny y el joven rey Carlos 9.º (veinte años de edad) digno cachorro de su católica madre, poniendo la mano sobre el hombro del anciano general, le dijo sonriendo:

—Por fin te tenemos entre nosotros. Ya no te escaparás.

El niño estaba bien instruido.

Se trató y convino que el Almirante mandaría la expedición á los Países Bajos. Pero como el asunto era delicado, y estallar la guerra con España, el general Lenone (protestante), reuniría tropas en la frontera, y se acercaría á Mons para tantee el terreno. Pero avisado por Catalina el Duque de Alba, Lenone fué prisionero.

Negociador Coligny del casamiento del Bearnés con la princesa Margarita, escribió á Juana Albrel, y ésta, no desconfiando ya de Catalina, se presentó en la Corte y dijo:

—El casamiento ha de ser protestante; pues tanto mi hijo como yo no queremos ni aun oír hablar de misa.

—Pediremos la dispensa á Roma—dijo el rey.—Y si el señor Papa fuere tan bestia que se empeñe en confesión y misa, se hará con el rito protestante, y eso más perderá.

La reina de Navarra murió repentinamente (envenenada) el 9 de Junio, antes de terminar las negociaciones matrimoniales.

Pero como éstas continuaban, dirigidas por el almirante, los partidarios de éste, atraídos ya por la curiosidad de los festejos, ya por estar cerca de su jefe, y defenderle en lo posible contra las asechanzas de Catalina, se reunieron en gran número en la Corte.

1572

El municipio de la Rochela envió á Coligny el abogado Luis Rennepont para participarle la intranquilidad y desconfianza que les embargaba al ver á sus jefes entre los chacales católicos cortesanos.

Coligny, agradeciendo el aviso, manifestó al comisionado que por ahora no desconfiaba de los reyes, pues el casamiento del príncipe Enrique del Bearn con la princesa Margarita no dejaba lugar á duda respecto á la lealtad y sinceridad de los monarcas.

—Ayer—continuó el Almirante—volví á hablar al rey, exponiéndole la necesidad de marchar cuanto antes á libertar á los Países Bajos, protestantes en sus tres cuartas partes, y Su Majestad me contestó:

—Estimado Coligny: Ved que se aproximan las bodas de mi hermana. Concededme ocho días más para divertirme. Y luego... os lo juro bajo palabra de rey, luego... se cumplirán vuestros deseos, y vos y los vuestros, no os podréis quejar de mí. (Habla Catalina por boca de su hijo.)

Esto tenía lugar el 15 de Agosto. El 18 se celebró el casamiento del príncipe protestante con la princesa católica, y no podía ya dudarse de que la paz era un hecho consumado entre católicos y antipapistas.

Con pretexto de conservar el orden durante los festejos reales, se aumentó la guarnición de París; se previno á los jefes de los milicianos católicos que estuviesen dispuestos, y se intro-

dujeron en palacio y casa municipal gran número de armas, especialmente machetes y dagas. Y los alcaldes de barrio formaron un padrón de vecinos, consignando la religión de cada uno, é indicando las habitaciones de los protestantes (cristianos) con una cruz roja.

Advertido el Almirante, expuso sus temores al rey, y éste le aseguró que cuantas medidas se tomaban tenían por objeto garantizar las vidas y bienes de los protestantes, caso de que atentasen contra ellos los rocinés católicos, que le tenían hasta la coronilla.

Coligny creyó en la palabra del rey. Pero al salir de palacio y pasar frente á una casa en construcción, le salió al paso un individuo, entregándole una carta. Paróse para abrirla y recibió un trabucazo que le destrozó un hombro. Era la noche del 22 de Agosto. Los amigos que acompañaban al Almirante se lanzan á la casa de donde partió el disparo, pero sin resultado, pues el asesino, teniendo á prevención un brioso caballo con el escudo de los Guisas, había desaparecido. Llamábase Morevert, condecorado con la orden de San Miguel, por haber asesinado al general Moy.

Cuando Carlos se enteró montó en cólera, y manifestó á los representantes extranjeros que haría un ejemplar castigo en los asesinos, fuesen quienes fuesen. Y se trasladó con su gran pompa á casa del ilustre herido.

—¡Os juro, por mi palabra de rey—dijo el cocodrilo Carlos al gran Caligny, que seréis vengado!

Y efectivamente: A su vuelta á palacio previno á sus primos, los príncipes del deán y de Condé, reuniesen en las habitaciones que á la sazón ocupaban en el real alcázar, con motivo de la boda del primero á todos los caballeros y jefes anticatólicos para preservarlos de las iras de sus fanáticos contrarios, decía. Y mandó cerrar las puertas de París para que los asesinos no escapasen.

Aquella misma noche, se reunió el Consejo de Exterminio, compuesto de los magnates siguientes:

Catalina de Médicis, presidenta.

El joven rey Carlos 9.º.

El duque de Anjou, generalísimo.

El bastardo duque de Anglem, cardenal y gran prior de Francia.

El duque de Guisa, jefe de los católicos.

El duque de Nevert.

Por unanimidad se acordó la muerte del Almirante y de todos sus parciales en Francia. La matanza empezaría á la una de la madrugada, poniéndose al frente de las turbas todos los curas y frailes. Los asesinos, llevarían una manga de su camisa enlazada al brazo derecho y una cruz roja en el sombrero.

¡Oh, Cruz roja, qué recuerdos evocas! ¡Las Cruzadas!... ¡Los Albigeneses!... ¡Los Hugonotes!... ¡A cuántos y cuántos bandidos y asesinos has servido de escudo! ¡Y aún te conservan como emblema de humanidad!.. En España es jefe de la hoy caritativa Asociación (cuyos ingresos y gastos aún no se han publicado desde 1866 por falta de tiempo, sin duda), el Excmo. Sr. D. Camilo García, marqués pontificio por la gracia de Dios. Esta institución, católica apostólica romana, dicho sea de paso, presta grandes servicios en campaña, sin que sus miembros ni miembros salgan de casa.

Pero volvamos á los asesinos cruzados ó á los cruzados asesinos.

«El Consejo de Exterminio» deliberó si debían ser asesinados el príncipe del Bearn, yerno hacía tres días de Catalina, y su primo el príncipe de Condé. Se convino, en cuanto al primero, que el escándalo sería mayúsculo, y que, contando sólo diez y ocho años, su mujer y su cariñosa suegra lo catolizarían. Y caso contrario, se apelaría al veneno ó al puñal. Del catolizamiento del también joven Condé, se encargó su cuñado, el duque de Nevert.

La católica Catalina dió por sí misma la señal de degüello, tocando la campana de palacio, toque que repitieron todas las parroquias y conventos.

La canalla, dirigida por los no menos canallas frailes y curas, se lanzó, padrón en mano á las casas indicadas; derribaban las puertas en donde no abrían pronto, y hombres, mujeres y niños eran pasados á cuchillo, sin exceptuar los

católicos, pues bastaba habitarse en la misma casa y no hubiesen empezado la matanza.

La servidumbre del almirante fué pasada á cuchillo y el asesinado en el lecho en que yacía y arrojado por un balcón. El duque de Guisa y el cardenal Angulema pisotearon el cadáver.

Y el fraile Hervé Lebreun, aquel niño aún, que, imbuido por el franciscano Gerart robó todos los ahorros de su trabajador padre para comprar indulgencias, aquel que creyendo en la indulgencia plenaria intentó violar á su hermana Hena y presenció risueño la muerte de ésta en la hoguera, por negarse á ser monja; aquel que degolló á su hermano Odlin cuando éste le salvaba la vida en un combate en que fué prisionero; aquel chacal, en fin, de la madriguera frailuna, separó la cabeza del gran patricio y la elevó sobre una pica diciendo:

—¡Gracias, Dios piadoso, que me concedéis tanta satisfacción! Poned al monstruo de mi padre al alcance de mi mano y os ofreceré también su cabeza en bien de nuestra santa religión.— La turba fiera despedazó el cadáver y colocó sus trozos en los sitios públicos. Furiosas beatas comieron de los intestinos y de los genitales de la víctima. La cabeza del mártir fué enviada al Papa.

Los jefes y caballeros protestantes, que en número de más de 300 se refugiaron en palacio, creyendo en la palabra real, fueron asesinados en sus mismas habitaciones por la guardia del rey. Este, cogiendo de la mano á Bearn y á Condé, les dijo á la vista de aquel lago de sangre y de cadáveres:

—¡La misma suerte os espera si dentro de ocho días no habéis abjurado y asistido A MISA!

La matanza duró tres días en toda Francia, calculándose, sólo en París, 60,000 víctimas. El grito de los asesinos era:

¡Viva la religión católica!

¡Mueran los hugonotes! (liberales).

¡El Papa lo quiere!

¡El rey lo mandó!

La matanza fué celebrada en Roma y en Madrid con *Te Deum*, iluminación, repique y salvas.

MERCURIO.

La Tierra y Madrid 1900.

Murmuraciones

De los carlistas batalladores por esos campos de Cataluña no se sabe una palabra.

Si los hay—¡que los habrá!—el Gobierno los oculta.

Si no los hay, no nos explicamos este rigorismo que se observa, sometiendo, en los puntos infestados de carlistas, la prensa á la previa censura, y no dejándola publicar otras noticias que aquellas que proporcionan los centros oficiales.

Los curas, ¡qué decimos los curas!, los cientos de curas encerrados en las cárceles de la península por ser entusiastas partidarios del pretendiente, comienzan ya á salir á la vía pública como si tal cosa hubieran hecho.

—Por esta vez—se dirán—el movimiento ha fracasado... ¡Esperemos al otro!

Y vuelta á predicar contra las libertades, y vuelta á trabajar por la ruina de la nación.

Hasta que ésta quiera apercibirse y comience á hacer lo que hace mucho tiempo debía haber hecho.

Palomino estuvo ayer muy elocuente en cabildo... (quiere decir elocuente que charló como tres grillos). Dijo que Checa y compadres andan por muy mal camino, y que están abandonados casi todos los servicios. Dijo, en fin, la mar de cosas con tono alto y altivo, rompiendo la santa calma que reina el municipio sevillano, sin que nada turbara el lago tranquilo donde están los renaucijos de Ayala, Checa y Realito...

Peró... ¿no le han dado parte en las tramas y en los llos de las cien delegaciones á ese señor Palomino? ¿Ahora con las mangas verdes, ilustrado señor mío?

¡Pues ya viene usted trasero, honrando así su apellido!

Les hablé á ustedes que en El Ferrol una hermana de la caridad había colgado los hábitos por no someterse á la vergonzosa explotación de que son víctimas las niñas asiladas, á quienes miraba con entrañable amor, desterrando de su vestimenta ese sello de descuido que todas tienen por no quererse tomar el trabajo las hermanitas de iniciarlas en las obligaciones de toda mujer. Pues bien; el Ayuntamiento de El Ferrol....

«Indignado con las hermanas, y no queriendo, por otra parte, privarse de los valiosos servicios de la exclaustrada, acordó nombrarla inspectora del Hospicio ó Asilo con un regular sueldo, libertad omnimoda y facultades amplias para vigilar á las hermanas, impedirles que hagan de las suyas y obligarlas á cumplir con su deber.

Con este motivo hay ahora en la Coruña una tremolina que canta el credo, entré los neos y el Municipio y el obispo y el *Sursum corda*. Las hermanas amenazan con irse, pero no se van; el Ayuntamiento se mantiene firme, el obispo gruñe, los neos braman, su periódico rebuzna, los beats cacarean y parece aquello un corral en desorden.

¿Se mantendrá firme el Ayuntamiento? Creemos que no, aunque está visto que, cuando se quiere, lo más fácil es vencer á ese coco de la reacción clerical, que sólo es fuerte por la estúpida cobardía de los liberales.»

Así es efectivamente.

No hay más que enseñarles los dientes á las hermanitas para que toda su altanería se convierta en humildad.

Hubiera en Sevilla una Diputación de hombres rectos é independientes, y no se daría el caso vergonzoso que se ha dado ya por dos veces, en el término de un mes, de que las enfermas hayan tenido que alborotarse y protestar ruidosamente de la infamia que con ellas cometían, dándolas comida mal condimentada, pan duro y trato cruel.

Porque estos ángeles de blancas tocas, que no persiguen otros fines que la explotación más descarada, de servidores á sueldo que son, se convierten en amas.

Y convierten los hospitales en cárceles, lucrándose con la mayor inhumanidad de los infelices que van allí á morir abandonados.

¡Qué desgracia tan terrible!

Polavieja se nos va y nos deja abandonados, y hasta sin regenerar.

Ha disuelto su partido, compuesto de un sacristán, su cuñado el de las Cuevas, y Mataix y cuatro más.

Ahora marcha al extranjero porque se quiere enseñar por Europa... ¡Es una lástima que nos deje el general!

¡El ruido que este hombre por ese mundo dará!

—¡Ese es el grande político español!—exclamarán—

El victorioso Alejandro,

el que fusiló á Rizal,

el que entró por Parañaque con un ojo nada más,

el que venció en Filipinas y se vino para acá con su carga de laureles

y otros yerbajos de gran resonancia, que dan nombre y gloria á la cristiandad.—

Y se formarán las tropas, y el cañón disparará, y cuando vayan á hablarle...

—¡Qué desilusión!—dirán.—

¡Si no sabe el pobre hombre ni siquiera saludar!

En varios periódicos leo un ruego parecido á este:

—Rogamos á la Empresa Tabacalera mejore un poco la calidad del tabaco que expende, porque éste es imposible de fumar.

Esperamos que será atendido nuestro ruego.

Si vais á esperar en pie, colegas, inocentes, cogereis reuma.

A sentarse, á sentarse, que hay para rato.

El cantón carlista de Dos-Hermanas sigue en pie.

Y sigue en pie apesar de todos los pesares. Sabemos con toda certeza que en el Gobierno civil se ha presentado una denuncia, firmada por dos vecinos de dicho pueblo, contra el municipio por malversación de fondos.

Y no obstante las graves acusaciones, tanto políticas como económicas, que contra dicha corporación se hacen á diario, el carlismo de Dos-Hermanas sigue en pie.

¿Qué misterio envuelve este asunto, que acta

al Gobernador de la provincia para poder poner paz entre los vecinos de dicho pueblo?
 Tan arraigado están los partidarios de Carlos séptimo en el Gobierno civil, que el señor Cuesta y Haro no se atreve a hacer justicia?
 Va picando en historia lo que sucede en este asunto.
 La influencia del caciquismo descarado todo lo absorbe, y es hora de que se haga luz y sepamos quiénes son los que amparan á los carlistas de dicho pueblo, no ya para que á la luz del día se muestren como son, sino para cometer irregularidades contra las que protestan los vecinos, y á quienes no se les hace caso por el Gobernador, que es el llamado á poner remedio.

Por ahí andan vendiendo, á cinco céntimos nada más, un librito que contiene la *Copia de una oración que ha sido hallada Roma en el Santo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo*.

Verán ustedes qué graciosa es.
 La voy á copiar con la misma ortografía que tiene:

«Que habiendo santa Isabel Reina de Hungría, santa Matilde y santa brigida hechos muchas y particulares oraciones á Dios Nuestro Señor deseosas de saber algunas circunstancias de su pasión y muerte dolorosísima, les dijo estas santísimas palabras: sabreis queridas mías como los soldados que me prendieron en el huerto de Ghetsemani, fueron cincuenta y ocho y los ejecutores de ja sentencia treinta y dos. Los que me llovieron atado heran tres. Diéronme cinco mil seicientos treinta y cinco azotes atado á la columna. Hicieronme en el cuerpo mil y cien llagas. Dieronme tres empujones mortales cuando llevaba la cruz acuesta. Cuando iba al Calvario casi tres veces. Las gotas de sangre que derramé fueron treinta mil setecientos ocho.»

¡Miren ustedes que es irreverente é infame hacerle á Dios escribir de ese modo y decir esas cosas!

¡Qué barbaridad!
 ¡Y qué católicos, suponiendo que sean católicos los que tal cosa hacen!

CARRASQUILLA.

POR QUÉ SE ESTUDIA TAN POCO

Estábamos en plena revolución septembrina, es decir, en su período aparente de consolidación. D. Amadeo ocupaba el trono de España, gracias á la traición de los cimbrios.

Yo era un adolescente con humos de persona, y con mi correspondiente orgullo, por haber ingresado en el estudio de facultad mayor, como decíamos entonces, y aun creo que ahora, también se dice, antes de cumplir quince años.

Era uno de aquellos estudiantes que, en vez de asomarnos á las ventanas del saber, como Fabié, poníamos *nuestras actividades* al servicio de la holganza y de la diversión; pero aquella lucha de ideas, aquellas controversias apasionadas de los demócratas republicanos, de los librepensadores, de los afectos á la internacional entre sí, y todos contra el régimen antiguo del ultramontanismo y del *neocatolicismo*, con que entonces, con más ó menos propiedad, se señalaba á los reaccionarios y á los clericales intrasigentes, operó en mí un cambio radical, é influyó poderosamente en mi ánimo, inclinándome al estudio, con vehemente deseo de saber y de aprender.

Era el año 1871, en que cursaba yo en una famosa Universidad, segundo año de leyes. Aquel centro docente estaba dominado por los elementos ultramontanos, siendo contadísimos los profesores de ideas avanzadas. La tendencia clerical se imponía, y como era la señora que dominaba el claustro, todas sus dependencias respiraban el mismo sabor clerical y neocatólico.

Como los que no poseemos bienes de fortuna no podemos adquirir libros, tenemos que ampararnos de los auxilios que nos presta el Estado para adquirir los conocimientos indispensables. Me encaminé á la biblioteca, tan rica como antigua. Adquirí una papeleta, que llené con el nombre de una obra del inmortal Voltaire, y lleno de orgullo me encaminé al lugar que ocupaba el que regentaba ó dirigía aquel centro de conocimientos. Le entregué mi papeleta. Hizo un signo de disgusto. Me miró de arriba á abajo, y considerándome aturdido adolescente, ó lo que le diera la gana, me preguntó qué estudiaba; se lo dije en términos de gran respeto, y con ademanes descompuestos y en forma soez, me arrojó el digno presbítero bibliotecario del lugar, diciéndome que estudiara los Prolegómenos, el Digesto y las Pandectas, y que me dejase de obras impías y otras pequeñas por el estilo.

Salí de allí entre avergonzado y confuso, pero haciéndome la reflexión tristísima de que los aires de libertad no habían purificado el ambiente insano y corrompido de los grandes centros, donde debe tener su asiento la ciencia, pero que no eran sino los nidos de las aves nocivas

turnas que todavía se resistían á dar expansión al pensamiento y vida á la inteligencia, aun vencidos y dominados por la savia revolucionaria.

Cuando después asistía á las clases, miraba siempre con terror la puerta que daba entrada á la biblioteca, que no volví á pisar, y veía constantemente la figura de aquel cura, hecho un energúmeno, amenazándome con todos los rayos de la reprobación y ofendiéndome con todos los ademanes y con todas las armas de los neos.

Transcurrieron cinco años, se restauró la monarquía borbónica, y ya hombre, otro episodio análogo me ocurrió en la residencia oficial de Alfonso XII, pero en esta ocasión me impulsé y obtuve el libro que demandaba.

Por esto se lee tan poco en España; porque los neos tienen aún asiento en los centros de instrucción y de enseñanza, y aun cuando hoy el dignísimo cuerpo de archiveros bibliotecarios no ejerce de despota ni oculta las obras que condena el Sillabus ó la sagrada congrega, sin embargo, se oponen cortapisas por el poder, limitando demasiado las horas, y no permitiendo que ciertos libros pasen á los catálogos á disposición del público.

Mientras impera el espíritu clerical; mientras nuestros mitrados influyen en los consejos de los gobiernos; mientras obispos, abades y demás gentes de iglesia tengan intervención en la enseñanza y se mezclen en algo de lo que con la instrucción y los progresos de la ciencia, de las letras y de las artes se relacione, viviremos en una espantosa ignorancia, y no podremos instruirnos ni conocer los progresos científicos modernos.

Si la revolución de Septiembre, que afirmó los derechos del hombre, que llevó á la constitución el dogma democrático de la emancipación del Estado en materias religiosas, hubiera descendido á lo práctico y arrancado al elemento clerical de sus trincheras, ¡ah! entonces no se hubieran dado espectáculos como el que hemos reseñado, y no hubiera sido tan fácil el triunfo de la restauración y tan llano el camino de la actual dominación jesuítica y frailuna, y probablemente esa juventud, salida de las aulas en estos veinticinco años, en vez de ponerse bajo el amparo ó la protección de los santos con el auxilio de los obispos, no hubiera tenido más norte que la ciencia, más guía que la libertad de la conciencia, ni otra orientación que el saber y el progreso humano.

A. A.

Catástrofe ferroviaria

Se reciben horrosos detalles del descarrilamiento del sudexpreso de Francia, cerca de la estación de Saint-Forge.

Un testigo presencial del suceso se expresó en los términos que siguen:

Poco después del medio día nos vimos sorprendidos los viajeros que marchábamos en el sudexpreso de Madrid á París por un violentísimo choque que nos hizo levantar de los asientos, precipitándonos unos contra otros y todos contra las paredes de los vagones.

Enmedio del terror extremado que nos sobrecogió, y sin darme cuenta de cómo pudiera ocurrir, me encontré yo sobre un montón informe de restos de vagones, y llegaron á mis oídos ayes de espanto y angustiosos quejidos y gritos de agonía.

Repuesto de mi primera impresión de estupor, miré en derredor, y el espectáculo que se ofreció á mi vista fué aterrador, horrible.

Atravesada en mitad de la vía se encontraba, enclavada en el terreno y casi deshecha, la máquina del tren.

Sobre ella, á todo lo largo del terraplén y restos de la vía, y en confuso grupo, los coches hechos totalmente añicos.

En espantosa y horrible confusión veíanse troncos de personas destrozadas; cabezas aplastadas; trozos de brazos y piernas; despojos humanos esparcidos por todas partes.

¡Qué horrible espectáculo!

El ánimo más sereno tenía que amilanarse y sobrecogerse ante tan tremendo cuadro de dolor.

Por esto no puedo facilitar detalles. Se ofuscó mi vista; cuando me serené algo, ayudé á prestar socorros; hice lo que pude; ví muchos muertos y muchos heridos; no sé cuantos....

El jefe de la estación telegráfica de Irún ha comunicado al marqués de Portago, manifestándole que, según la prensa de Bourdeaux, se confirma que perecieron en el descarrilamiento el embajador extraordinario de Italia y el ministro de la República del Perú en Madrid.

También murieron toda la familia del secretario de la legación, Sr. Lafuente; la camarera de la señora del ministro, señora Dombrosky, y D. Alfredo Estey.

Asimismo se han encontrado los cadáveres de una señora como de 60 años, que llevaba un reloj marcado con el número 19,359, y cuatro

sortijas; el de otro individuo de 40 años, al que se le encontró una tarjeta que decía: «André Lande.—París.»

Otras víctimas son María Gonzalo, dama de la duquesa de Cannevaro; todos los individuos de la familia Blanchart, de Bruselas, que viajaban en el tren, y el empleado de la compañía André Cabeau.

Se han encontrado, además de los ya dichos, los cadáveres de los Sres. Arteaga, de Biarritz; Dubolois, de París, y el de Mr. Jhon Mac.

Grandes trozos de carne humana penden de las astillas de los coches destrozados.

En una segunda conferencia tenida por el marqués de Portago con un telegrafista de Irún, el director general de Comunicaciones preguntó por la suerte que habían corrido los españoles que iban en el sudexpreso.

El marqués de Portago ha autorizado al telegrafista para que se traslade á Bayona al objeto de averiguar detalles de la catástrofe, sin desatender por ello el servicio que le está encomendado.

También ha conferenciado Portago con el jefe del servicio de telégrafos en San Sebastián, preguntándole por los detalles que se reciban de Burdeos, pues se carece de comunicación directa con Bayona.

El marqués ha dicho al jefe de San Sebastián que cuando conozca algún nuevo detalle se lo comunique inmediatamente.

Se han recibido más detalles del descarrilamiento del sud exprés.

La máquina quedó empotrada. Los vagones saltaron por encima, rompiendo los enganches y cayendo en el terraplén.

El vagón restaurant quedó hecho añicos.

Todos los que iban dentro murieron con los pechos aplastados, las cabezas deshechas y brazos y piernas rotos.

Cuadro horrible. Está gravísimo Levy, representante del ferrocarril de Cáceres á Portugal.

La esposa del conde Canavaso, heridas leves. De Bayona y Dax salieron trenes de socorro.

En Saint Georges se ha instalado un hospital.

Se han producidos escenas desgarradoras. La mayoría de los heridos leves siguieron su viaje á París.

Otros regresan juntos á sus procedencias.

Luca de Tena ha llegado en el sud exprés de Francia y cuenta horribles detalles de la catástrofe.

De Bayona pasó al lugar del suceso momentos después que descarriló el tren.

Este era un montón de ruinas.

Las escenas fueron horripilantes.

Ignora detalles de muertos y heridos.

Salvóronse el maquinista y el fogonero que fueron lanzados con el tender á gran distancia.

Los vagones eran solidísimos y en anteriores choques sólo sufrieron ligeras averías, demostrando el actual destrozo la violencia y empuje que hubo.

El maquinista del tren descarrilado llegó á Burdeos.

Muéstrase aterrado por la catástrofe.

Dice que le pareció que la tierra cedía bajo la máquina.

El choque lo lanzó sobre la locomotora, cayendo en un prado á 15 metros de distancia.

Levantóse magullado, contemplando aterrado la catástrofe.

Llegó á San Juan de Luz un caballero ruso herido en la catástrofe de Bayona.

Presenta numerosas heridas y la oreja derecha arrancada.

Sufre horriblemente y hállase gravísimo.

Traía el cadáver de su esposa.

La catástrofe cogióles almorzando uno frente al otro.

Confírmase que en la catástrofe ha muerto Levy, representante en Madrid de la compañía de electricidad de Berlín, y hombre de grandes negocios.

Dirigíase á los Estados Unidos.

Antes de la salida había asegurado su vida en 150,000 francos.

La joyería de Ladoche, en la calle de Sevilla, está cerrada.

El muerto no ha sido el enviado extraordinario de Italia sino Cannevaro, ministro en el Perú.

El ministro de Obras públicas de Francia envió un inspector para que abra información.

Todos curas

De la actual situación de España, el clero tiene toda la culpa; el clero católico, que capa pueblos como quien capa cerdos, para poderlos tratar impunemente á puntapiés. Ellos, los curas y acólitos de curas, que hicieron voto de castidad, no se capan, por supuesto. Allí en Rennes se paseaba en olor de santidad (que es uno de los más fétidos olores que conozco) un tal Louis Pellé, sacristán de la iglesia parroquial de Saint-Germain. A este varón, santo varón, según rezaban las gentes de aquel piojoso país de fanáticos, le prendió la policía por ultrajes á la moral y atentados al pudor. «Los

actos que se le imputan—advirtió el *Journal*—venía cometiéndolos de muchos años á esta parte, de modo constante, contra chicos aprendices.» Abrid las páginas de Guinaudeau y abridles de par en par la Sodoma de los curas franceses y las sucias alcobas de las monjas francesas. El clero francés, como el clero español, puede impunemente hacer toda clase de infamias. Los Flaminios son irresponsables, y la autoridad, cada vez más avasalladora, del clero francés, se extiende á todos los reinos de la naturaleza. No satisfecho con imponer la obligación de oír misa á los hombres y á las mujeres, se la ha impuesto á los perros y á las perras de los cazadores. La raza canina debe oír misa el día de Saint-Hubert; y ay del cazador que no lleva el galgo á presenciar el santo sacrificio!...

Pero en Francia todavía se lucha; en Francia hay todavía gobiernos que se atreven á preparar proyectos contra el peligro del clericalismo. En España ya no hay más que gobiernos dedicados á preparar la mortaja del pobre pueblo.

Un amigo mío, después de haber resido largo tiempo en Brighton, quiso volver á ver la patria, el terruño, Burgos, y vino horrorizado.

—Como si fueran pocos los frailes que había en España—me dijo—ha llegado un refuerzo de quince mil, una remesa de Cuba y Filipinas (¡qué descansada habrá quedado Filipinas!), todo el detritus clerical que teníamos allí para colonizar... y se tropieza usted con frailes en las calles, en los paseos, en todas partes; pegados como lapas á la rocas que rodean villas y pueblos, zumbando cual abejorros á las puertas de las iglesias, cantando el *gori gori* al difunto pueblo que perdió por ellos el imperio colonial y la dignidad y la vergüenza.... Frailes descalzos, frailes con rosarios tamaños como cadenas de anclas, frailes con capuchones, frailes con sayales del mismo color que la panza de un burro, frailes sucios, andrajosos y piojosos, una peste bubónica de frailes; y bajo el cielo azul y el sol dorado, en el país de los azahares y limoneros, le echa á usted atrás un horrible vao, un nauseabundo olor entremezclado de emanaciones de rapé, surgido de narices puercas, de reglidos de sopa boba, de piés inmundos, de toda la legendaria basura de nuestro imperio colonial. Me vuelvo á Inglaterra, al país donde no hay soldados; al país que, como ha dicho Lepelletie, censurándolo, «desprecia al militarismo, odia al militarismo tanto como al papismo, y es la nación antimilitar y anticlerical por excelencia.»

Lo he dicho: si vamos á la guerra, la prensa la recomienda al Papa; si deseamos celebrar un armisticio, la prensa lo recomienda al Papa; si el *Monserrat* arribó á puerto de salvación, no fué hazaña del capitán, sino de la Virgen de Monserrat, de Madrid, á la que se pidió el *milagro*; rezamos porque nos dejen pegar; rezamos porque nos pegaron; nos fiamos de la Virgen, y á lo mejor tenemos que correr; nos entusiasmos con generales y marinos que oyen misa y rezan el rosario, para «resultar» des-pampanados en el mar y rindiendo sin combates inaccesibles fortalezas como Santiago de Cuba; los escritores como Blasco (no Ibáñez, sino el otro) se sirven de la Virgen como de Celestina para colocar crónicas; los empresarios de teatros, como Ortega, se sujetan al Index de un obispo; los tenores, como Biel, se cuelgan escarpularios para andar por la escena del mundo; los poetas, como Grilo, comen la sopa boba de los conventos; los toreros brindan los estoques á la Iglesia; ciertos republicanos exaltados, ha dicho *La Época*, se acercan á la mesa eucarística; la prensa republicana publica el santo del día, el año cristiano y dónde se reza el rosario, y hasta las meretrices no se remagan las faldas sin hacer acto de contricción. Andamos día y noche á cuestras con el Santísimo, con la Virgen, con el Niño, con todos los santos de la corte celestial; salimos en procesión llevando en las cabezas capuchones como los que gastan los serenos cuando llueve, y en las manos cirios monumentales, cuya detritida cera va chirriando: *¡que machol!*; y cuando las autoridades nos recomendaron «rezar el rosario para salvar á la patria de las vicisitudes que atravesaba», paramos los días repasando las cuentas del rosario.... Somos un compuesto de curas con manto y curas de chaqueta; de monjas con hábitos y monjas con las faldas arremangadas; de generales, de jesuitas y jesuitas de ejército y de periodistas clericales é infaltrónicas.

El mapa de España es un manto bajo el que bullen en descomposición toda clase de microbios. Por algo dije en *El País*, augurando la catástrofe de nuestro imperio colonial, que España se entregaría al cura, por la misma razón psicológica que tiene una buena moza que hizo su tiempo y su camino, para meterse á gazmoña.

LUIS BONAFoux.

De actualidad

DE LA PENÍNSULA

En las cercanías de Igualada se han encontrado 240 cananas, 100 portamantas, 40 cinturones, 63 tahalles, 43 remingtons, 43 bayonetas y 63 paquetes de cartuchos.

De Barcelona marchó á Manresa el coronel de la benemérita Izard, llevando fuerzas para la exploración de Espuga de Francolí, donde han sido halladas 70 carabinas remingtons y 80 bayonetas.